

jeto de que los niños y niñas perciban esos elementos con naturalidad. Esto se hace patente en la forma en que se incorpora una placa fotovoltaica en la fachada exterior, que contrasta con la interior por su austeridad –de manera que visualmente puede pasar totalmente desapercibida al quedar totalmente integrada en la piel del edificio– y en donde destaca, a la manera de un grafiti, el rótulo con el nombre de la escuela. Esta placa genera una producción eléctrica de 5 kw. En la azotea del edificio unos colectores solares cubren prácticamente el 100% de las necesidades de uso energéti-

co de dichos sistemas.

De la misma manera que el espíritu renovador con que se fundaba Gitanjali fue fruto de un deseo de invertir un concepto tradicional y anquilosado de escuela que partió de una reflexión sobre la propia experiencia como alumnas de Illana, Padrós y Giné, es como si el proceso de creación de este edificio por parte de Salazar y Navarro hubiese consistido también en llevar a cabo ese ejercicio de memoria, que suele ser habitualmente literario, de retroceso a los sentimientos de la infancia y de evocación de lo que suscitaba en nosotros el espacio y la



02

co de Gitanjali. El tratamiento de aire y la ventilación se producen mediante un climatizador que recoge aire exterior de la cámara formada por la fachada interior y la placa fotovoltaica que se introduce controladamente en el interior: en invierno, el aire caliente obtenido por la radiación solar es impulsado dentro de los diferentes espacios de la escuela, permitiendo la reducción del consumo de gas; cuando las temperaturas son cálidas, el interior recibe aire desde la cara norte del edificio, complementándose con un sistema de acondicionamiento

El edificio es referencia de relación sostenible con el entorno a la vez que 'contenedor' al que se va a aprender

del aire. El aire caliente entra por finas rejillas hechas en el cielorraso y los radiadores son sustituidos con el diseño de un zócalo radiante. El edificio se ha dotado de un pequeño sistema de control centralizado que permite programar y visualizar el funcionamiento desde internet, recogiendo y almacenando los datos de mantenimiento y ahorro energéti-

dinámica del colegio: el concepto sobre el que los arquitectos han basado su proyecto gira en torno a la convicción de que el edificio de un colegio debe poseer el mismo espíritu que los niños y niñas: "tiene que ser vivo, alegre y cercano; no un simple contenedor frío y despersonalizado", sostienen. Evidencia de esa concepción es la sensibilidad en el tratamiento de la fachada interior, encarada al patio de recreo y por ello la fachada del colegio que los pequeños viven, llena de contrastes en colores vivos con la intención de desmitificar la trascendencia que representa para un niño el colegio.

El edificio de Gitanjali surge de la conjunción y el acuerdo sobre valores y objetivos compartidos: algunos, buscados y otros, surgidos con el azar. El encuentro de este estudio de arquitectos con un proyecto de escuela fundado en los valores de libertad y su determinación para realizar una escuela sostenible, racional y que en cuyo diseño primara el ahorro energético, logrando a la vez transmitir desde su misma estructura sensaciones de afecto, seguridad y respeto, híbrida, en un mismo compromiso, creatividad y ética. En este caso, también prolongando, poniendo al día y revitalizando aquellos ideales con los que nació Gitanjali hace 40 años. |

CRÓNICAS RIFEÑAS



PACO SANCHIDRIAN

Moros y rojos

No hubo ni una sola batalla sin ellos. De la guerra fueron partícipes tan importantísimos como el Generalísimo que mandaba por entonces

ALI LMRABET

Cuando el ejército regular formado por 'españolitos' y 'requetés navarros', como los llamaban, fracasaba en la toma de una posición militar, los mandamases uniformados enviaban primero a los legionarios, y cuando estos fallaban, expedían a los marroquíes. Los 'moros' contra los 'rojos'. La exagerada y legendaria ferocidad de estos soldados servía maravillosamente a la propaganda nacionalista. Desde Radio Sevilla, las emisiones radiofónicas del general Queipo de Llano sembraban el terror en la zona republicana cuando en medio de agravios y amenazas animaban a los 'moros' a "enseñar a los cobardes rojos lo que significa ser hombre" y les aconsejaban "disfrutar" de las mujeres de los "milicianos maricas". Los franquistas sabían que el famoso grito de terror "¡Que vienen los moros!" valía más que el ataque de dos divisiones. Bastaba con que un pueblo 'rojo' supiera, o pensara, que un inminente asalto iba a llevarse a cabo por los 'moros', para que las autoridades locales reunieran al consejo municipal, o revolucionario, y votaran la rendición. Además, la jefa 'roja' Dolores Ibarruri, Pasionaria, ya había prevenido a sus compatriotas de lo que era capaz la "morisma salvaje, borracha de sensualidad, que se vierte en horrendas violaciones de nuestras muchachas en los pueblos que han sido hollados por la pezuña fascista".

Una de las últimas veces que el 'moro' de mi padre participó en una batalla fue al final de la contienda, en 1939. Fue después de la batalla del Ebro. El tabor de mi viejo había dejado la provincia de Castellón para adentrarse en Catalunya. El hijo de Taimunt recuerda haberse topado con un inmenso campo de naranjos, donde estaban desparramados sobre kilómetros centenarios de pedazos de restos humanos. Al final de la plantación, en medio del polvo y del olor a pólvora, Moh se encontró de repente

frente a una silueta que salía de una trinchera. La sombra, con ritmo de marcha inestable, era en realidad un joven que estaba malherido. "¿Eres del batallón 218?", preguntó el herido. Mi padre le iba a responder que no cuando se dio cuenta de que los batallones de su división no alcanzaban esa cifra y que el uniforme que llevaba el hombre era del enemigo. "¿Tú rojo?", le espetó el 'moro' con su mal castellano y apuntándole con el fusil. El pobre infeliz no respondió pensando que su hora había llegado, más cuando mi padre le preguntó si la estrella que colgaba sobre su gorra era la de un comisario político. Moh siguió apuntándole, y al querer levantar los brazos el republicano soltó su bastón y se cayó al suelo. Fue seguramente eso lo que le salvó. Al desplomarse, una foto saltó de uno de sus bolsillos de ojal. En ella se veía a una joven y atractiva chica. Estaba al lado del enemigo herido y ya cautivo y llevaba puesta sobre su cabeza su gorra de comisario. La joven sonreía y saludaba al modo militar.

No se sabe lo que pasó realmente en ese campo de naranjos, pero mi padre olvidó la guerra y sus crueldades y se quedó mirando durante un largo rato la foto. Al final, el 'moro' decidió no seguir las consignas que le obligaban a fusilar inmediatamente a los 'rojos' que no se habían rendido. Dejó de apuntar a su enemigo, le hizo una señal para que se apoyara sobre su espalda y lo llevó a su campamento para que fuera curado. Luego, cuando fue llamado por su comandante para declarar si el comisario político se había entregado o había sido hecho prisionero, mi padre mintió asegurando que "el rojo se había rendido". Desde entonces, no volvió a saber nada de él. Cuando algún español visita a mi viejo en Tetuán para hablarle de sus guerras y las de su familia, mi padre cuenta siempre la historia del comisario político, del batallón 218, y de la chica de la gorra. Por si acaso alguien supiera algo